

Parejas en análisis

Daniel Waisbrot

Parejas en análisis

Doce historias de la clínica

 **Lugar**
Editorial

Waisbrot, Daniel
Parejas en análisis : doce historias de la clínica / Daniel Waisbrot. - 1a ed. -
Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Lugar Editorial, 2021.
154 p. ; 22 x 16 cm.
ISBN 978-950-892-693-7
1. Psicología. 2. Psicoanálisis. I. Título.
CDD 150.195

Edición y corrección: Mónica Erlich
Diseño de tapa e interior: Silvia C. Suárez
Ilustración de tapa: *La Absenta*, Edgar Degas, 1876.

© Daniel Waisbrot

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, en forma idéntica o modificada y por cualquier medio o procedimiento, sea mecánico, informático, de grabación o fotocopia, sin autorización de los editores.

ISBN: 978-950-892-693-7
© 2021 Lugar Editorial S. A.
(C1237ABN) Castro Barros 1754
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina
Tel.: (54-11) 4922-3175 / (54-11) 4924-1555
WhatsApp 11-2866-1663
lugar@lugareditorial.com.ar
www.lugareditorial.com.ar
lugareditorialdigital.publica.la
facebook.com/Lugareditorial
instagram.com/lugareditorial

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en la Argentina – *Printed in Argentina*

1

Yo la amo ¿De qué hablamos cuando hablamos de amor?

I

Gabriel va de putas. Pero no elige a cualquiera. Suelen ser exclusivas, caras, VIP. En general son jovencitas a las que dobla en edad. Algunas, incluso, son menores que sus hijas y las esposas de sus hijos. De una de esas muchachas, cada tanto se enamora. Y, según dice, ellas también de él. Gabriel sabe, y al mismo tiempo no sabe, del interés que subyace a esos enamoramientos. “Sé que es por la plata –dice–, pero las veo sinceras.”

Además de las putas, Gabriel tiene amantes. En general una o dos. En este caso, no necesariamente mucho más jóvenes que él. Es dueño de una gran empresa y sus amantes son empleadas jerárquicas o algunas colegas, dueñas de empresas tan poderosas como la suya y que conoce de la Cámara Empresaria en la que se mueve.

Gabriel también está casado desde los 20 años con su primera novia de la adolescencia. Tiene cinco hijos y es un ferviente católico que mantiene múltiples lazos con su grey. Vive en un barrio privado de los más suntuosos del Gran Buenos Aires. Su esposa, Mercedes, es abogada pero no ejerce. Criar a cinco niños le fue muy trabajoso y hoy, ya grande, con los hijos crecidos y algún nieto por venir, prefiere dedicarse a cuidar su jardín. Ha hecho algunos cursos de paisajismo y casi no sale de su barrio. “No hace falta, dice él que ella dice. Acá tenés de todo.” Tres de sus hijos están casados y viven en el mismo barrio; una está haciendo un Doctorado en París y la menor se acaba de ir a vivir con el novio a la Capital, para escándalo de todos.

El matrimonio entre Gabriel y Mercedes ha sido siempre muy tortuoso. Las peleas, por momentos muy violentas y el interminable malestar cotidiano, los fueron llevando a realizar variados intentos de tratamientos de pareja, todos interrumpidos prematuramente y con resultado nulo. Las escenas de violencia disparadas por uno u otro estuvieron casi desde el comienzo. Y el desencadenante, la mayoría de las veces, pasaba por la sexualidad. Mercedes no quería quedar embarazada y, por sus convicciones religiosas, no aceptaba ninguno de los métodos anticonceptivos existentes. Por lo tanto, reservaba los encuentros para aquellos días en los que quedaba “garantizado” que eso no iba a ocurrir. Gabriel no aceptaba esa limitación. El necesitaba tener sexo más seguido. Las descripciones de las luchas que se originaban al respecto eran brutales. A veces, terminaban en intentos violatorios que no llegaban a consumarse porque antes aparecían los golpes entre ambos. Gabriel decía que su esposa no disfrutaba de la vida sexual. A él eso no le molestaba, si ella la pasaba mal no era su problema, pero lo que no aceptaba era que Mercedes antepusiera la posibilidad del embarazo como excusa para no encontrarse.

Cuando lo conocí, me contó que esas situaciones lo obligaron a buscar otras mujeres. Al principio, lo que le resultaba más cómodo eran las prostitutas. Después, en la medida que fue creciendo económicamente y obteniendo poder a través de su empresa, “todo se me hizo más fácil”. Mientras tanto, la vida matrimonial continuó y los hijos fueron llegando. La familia no era un punto negociable para él. Tampoco para la mujer, pero las expectativas de ella eran más acotadas. Quizás dos hijos. O tres.

Gabriel viene a verme porque no la pasa bien en la vida. Se angustia con frecuencia, le cuesta mucho la separación con sus hijos e hijas, fundamentalmente con la que vive en París. Finalmente, la decisión de la menor de irse a vivir con el novio a la capital sin casarse, repletó su angustia. No tiene ganas de volver a la casa para encontrarse con su mujer. Ahora, ya pasados los 60, dice que la situación entre ellos se ha estabilizado. Mercedes está medicada desde hace años por depresión y eso la ha vuelto más “dócil”. Ya no protesta por todo y ha dejado de pelear. Es una estabilidad triste, vacía. Gabriel se aburre, prefiere verse con otras mujeres y llegar tarde a la casa.

A esta altura del partido, el lector podrá preguntarse por qué no se separa. Yo me he formulado muchas veces la misma pregunta. Digamos mejor: me lo he preguntado casi todo el tiempo durante las sesiones en las que el tema arreciaba. Y me parece estar escuchando a Gabriel contestar siempre de la misma forma: no me separo, porque es mi esposa y yo la amo.

Pretendo en este texto, preguntarme por ese “yo la amo”.

II

Gabriel es mi paciente individual desde hace poco más de un año. Y si bien este pretende ser un libro sobre el análisis de parejas, su problemática matrimonial me interpeló fuertemente. Por eso decidí comenzar con este material. En épocas en las cuales las separaciones y los divorcios están a la orden del día, la pregunta por la continuidad de este vínculo en particular, me interrogaba. Se supone que quienes siguen juntos lo hacen porque lo que sucede entre ellos es suficientemente bueno y el deseo encuentre su cauce.

Quienes trabajamos en una clínica psicoanalítica con parejas, sabemos que la diversidad es infinita. Los vínculos amorosos fluctúan entre los efímeros y los duraderos, entre los pasionales y aquellos en los que la sexualidad no existe, entre el deseo y la necesidad, entre amantes, tríos, sexualidades múltiples o monogamias rabiosas. Y si volviéramos a Gabriel, valdría preguntarnos: ¿por qué no se separa? ¿Qué lo mantiene unido a su mujer? ¿Qué ama Gabriel en Mercedes? ¿A que estará llamando “amor”? ¿Se puede explicar ese amor?

Se tratará, entonces, en este libro, de partir de algunas historias de parejas en análisis para intentar ver las diversas fuentes de sufrimiento que los aquejaban al momento de la consulta y qué travesía pudieron ir realizando con ese analista.¹ Quiero aclarar que el

¹ Nos parece necesario aclarar que la publicación de un material clínico obliga, inexorablemente, a un trabajo ficcional a fines de conservar el secreto indispensable sobre la intimidad de las parejas. No cabe duda que esa tarea de alteración de los datos filiatorios podría atentar contra la validez de ciertas apreciaciones y conjeturas. Más allá de haber intentado que los disfraces no alcancen a los aspectos cruciales de lo que intentamos mostrar en los relatos, sabemos qué, como

trabajo se ha centrado alrededor de parejas heterosexuales, no porque me lo hubiera propuesto así de antemano, sino porque es la clínica que más se me fue presentando en estos años.

Cada una de estas historias será pensada en su singularidad. La aclaración es necesaria dado que el Psicoanálisis se ha movido siempre en una tensión entre, por un lado, hallar fundamentos teóricos que tuvieran cierta “universalidad” y, por el otro, sostener la necesaria convicción de pensar el “caso por caso”. El hecho de que el psicoanálisis provenga del discurso médico, lo implantó desde el vamos en el terreno de la salud y la enfermedad. De allí, el afán psicopatologista que lo habitó desde siempre. Así, debió luchar –y lo sigue haciendo– contra la etiquetación de los sufrimientos humanos.²

Esa tendencia a la “universalización” creó las estructuras clínicas, avanzó en una concepción de las diversidades neuróticas y las psicosis y se atascó –según mi punto de vista– en la consideración de las perversiones.³ No hay dudas de que el afán cientificista permitió entender e intervenir en innumerables situaciones clínicas. Sin embargo, lo que fundó un psicoanálisis más potente no fue, justamente, esa línea de pensamiento, sino el monumental salto epistemológico dado por Freud en el texto “El malestar en la cultura”. Allí, Freud se alejó del campo de la psicopatología para fundar la noción de “sufrimiento”, generando así, una complejización teórica

siempre, algo se habrá perdido. Como dice Eduardo Muller, “El caso clínico no puede no ser ficción. Es un dispositivo textual para transmitir una verdad. La verdad tal cual sucedió, está perdida. La ficción es el dispositivo que testimonia la imposibilidad de transmitir la verdad de lo que pasa en un análisis y, al mismo tiempo, la única manera de acceder a algo de ella”. (Muller, E. *Relato clínico, clínica del relato* en <http://www.coldepsicoanalistas.com.ar/biblioteca-virtual/leer/?id=39>)

- 2 Eso se observa hoy fuertemente en los analistas de niños que pelean todo el tiempo contra la “cartelización” de sus pequeños pacientes, impulsada sobre todo por las distintas versiones del DSM y la creciente medicalización en la vida de los niños.
- 3 Es importante señalar que dicho “atascamiento” tuvo en las últimas décadas un desarrollo mayor a partir de poder pensar la perversión más del lado de la utilización del otro (y de su cuerpo) como objetos para el propio goce y no ya como la utilización de tal o cual zona erógena como productora de placer, ni tampoco si el *partenaire* es del mismo o de otro sexo. Los trabajos de Joyce McDougall en Londres y París y de Silvia Bleichmar entre nosotros, marcaron el camino.

decisiva.⁴ El gran hallazgo fue que no hay forma de vivir por fuera del malestar, dado que estar con otros requiere, inexorablemente, renunciaciones pulsionales. Así, sostuvo que el sufrimiento proviene de diferentes fuentes y que suele ser ese el origen de las demandas de análisis. Quienes nos consultan, lo hacen porque algo les fracasa en su posicionamiento subjetivo, o porque algo de su deseo está perdido en una maraña vincular que no saben cómo se ha construido y qué participación tienen en eso que les pasa. Sufren porque no logran encontrar los modos en los cuales desplegar y realizar en algún nivel su sexualidad, sus relaciones de amor, sus intereses libidinales, sus ideales. Entrampados muchas veces en resolver las necesidades de la subsistencia y responder a las urgencias más o menos inmediatas que la realidad cotidiana les impone, ceden en la realización de aquellos proyectos y sueños que les permitirían construir una vida más verdadera.

Es en ese sentido que intentaremos pensar en cada una de las doce historias de parejas que presentaremos: por qué vienen, por qué lo hacen juntos, cuales son las formas específicas del sufrimiento que padecen y qué pudimos hacer en el transcurrir de los análisis. Comenzamos con Gabriel, que va de putas, para pensar a qué estamos llamando amor. Luego, nos introduciremos en nociones diversas para pensar cuanto de la repetición y de la novedad inunda los encuentros amorosos. Abordaremos las distintas edades de la vida de una pareja, desde el encuentro adolescente, pasando por el nacimiento del hijo que inaugura el pasaje a familia, hasta los vínculos amorosos de larga duración. Y siempre, inexorablemente, la sexualidad interpelada, las dificultades en la experiencia de la intimidad, la diferencia, lo ajeno del otro haciendo estallar las coordenadas de lo pretendidamente estable de las parejas “suficientemente buenas”.

III

Gabriel comenta dos escenas muy importantes en la historia de la relación con Mercedes. La primera de ellas es un relato de un

4 Ver: Waisbrot, D. (2010) Más de un otro. *Variaciones y vacilaciones del dispositivo psicoanalítico*. Buenos Aires. Psicolibro.

episodio ocurrido años atrás que marcó el vínculo para siempre. “De esta no volvimos nunca”, dijo. Una de las cosas de las que él más se quejaba, era de que su esposa lo desvalorizaba. Ella provenía de una familia de cierta alcurnia. Sus expectativas económicas eran descomunales. Gabriel, en cambio, no poseía esos blasones y la empresa familiar que intentaba expandir era pequeña al comienzo. Mercedes le hacía notar esa falta que replicaba el rechazo sexual.

En una oportunidad, ya en una mejor situación económica, Gabriel le regaló a su esposa un pequeño auto cero kilómetro. Mercedes, enojada, arrojó las llaves contra una ventana al grito de “¡A mis amigas les regalan camionetas y vos te venís con esta mierda!”. La escena terminó con una pelea muy fuerte, él le dio un cachetazo y Mercedes se cayó por el golpe y quedó sangrando en el piso. Situaciones de este tipo, aunque no tan violentas, se han dado a menudo en los primeros veinte años de convivencia. Estas eran las formas de sus encuentros; si se quiere, el modo de su sexualidad. Casi está de más recalcar que a esa altura, si tenían relaciones, era tan solo dos o tres veces al año, y menos aún a partir de la menopausia porque a Mercedes le dolía mucho la penetración y las cremas le resultaban “asquerosas”. Así es como Gabriel justifica la multiplicación de las mujeres en su vida: él es muy sexual y con su esposa no tiene esa posibilidad. Se encuentra frecuentemente con alguna de “las chicas” y con alguna amante. No menos de tres veces por semana. Tiene un departamento especialmente preparado para esos encuentros.

La segunda escena es mucho más reciente y ocurrió en medio de su análisis. Un domingo como tantos, Mercedes se había ido a jugar al Bridge con un par de amigas al *club house* del barrio. Gabriel, por su parte, estaba jugando al golf con sus amigos. Un poco alejado de ellos, mientras esperaba su turno para el siguiente hoyo, chateaba con su enamorada veinteañera de estos últimos tiempos. Su empresa tiene mucho que ver con la informática y él conoce perfectamente las formas de hacer desaparecer todo rastro de esos diálogos en su celular. Pero a veces, la tecnología juega alguna mala pasada. Sorprendido, ve venir a su esposa hacia él, hecho sumamente inusual cuando jugaba. En ese momento, interrumpe el chateo, termina de borrar los rastros y se despide de su amada. Mercedes se había quedado sin batería en el celular, le pide el teléfono porque se interrumpió una charla con la hija que vive en París. Cuando toma el celular de su marido, aparece un tardío mensaje: chau, amorcito. Mercedes se impacta pero no dice nada. Sin embargo, Gabriel le pesca algo en

la mirada. Pasa un rato y cuando él se reencuentra con el teléfono, descubre el mensaje que su mujer leyó antes que él y por primera vez en tantos años, entra en pánico. Él se ufana de no haberle mentido nunca. Ese era su límite moral: ocultar sí, pero mentir, jamás. Sin embargo, algo tiene que hacer. Percibe a su mujer extraña y teme el desenlace, así que decide adelantarse. Gabriel tiene un hermano, Ernesto, con quien lleva adelante la empresa familiar aunque ha sido él el creador del emporio. Mercedes sabe que Ernesto tiene una relación matrimonial muy mala. De hecho, odia a su cuñada. A diferencia de Mercedes, la esposa de Ernesto lo investiga permanentemente y ha llegado a intervenirle los teléfonos. Ese matrimonio es motivo frecuente de charlas y burlas entre Gabriel y Mercedes. Que pareja de mierda, dicen ambos. Gabriel decide aprovechar esta situación.

“Ernesto me tiene hartado, le dice. Me manda fotos y conversaciones que tiene con las chicas que sale. Después las tengo que borrar porque si vos las ves no sé lo que podés llegar a pensar.” Mercedes se distiende. “Yo vi un mensaje que llegó a tu celular, le dice, y pensé que me estabas engañando.” Se abrazan tiernamente y la escena termina “bien”.

Cuando Gabriel llega a la sesión, está desencajado. Por primera vez en tantos años, algo se ha filtrado a su control. “Pudo ser un desastre, dice. Pero me siento mal como nunca. Yo jamás había mentido y ahora tuve que inventar esta historia, me siento una mierda. Si ella se da cuenta, todo se termina, sería imperdonable y yo me muero, no sé qué hacer, estoy desesperado.”

IV

Siempre hemos pensado que la presentación de materiales clínicos debía, inexorablemente, incluir al analista. Qué hizo, qué dijo, cómo intervino frente a eso que estaba sucediendo. Si no es así, la sola presentación de un “caso” corresponde más a un psicoanálisis aplicado –desde ya, legítimo– que al necesario trabajo sobre el acontecer transferencial. Para eso, me parece crucial ver al analista trabajando. Por supuesto, esto vale también para los análisis de parejas. No alcanza con pensar solo en ellas, sino también en qué hemos hecho con las diversas problemáticas que se nos fueron

presentando.⁵ Así como la tensión entre lo universal y la singularidad de cada situación clínica nos interpela, también sucede lo mismo con las intervenciones del analista. ¿Hay acaso un único modo de trabajar? ¿Cuál es el espacio de creatividad y de libertad posible sin caer en la pura arbitrariedad de las intervenciones? Sostener la oscilación entre ambas categorías es una apuesta a la incertidumbre fértil. En cambio, si optáramos por una sola de estas opciones, se empobrece la tarea del pensar. Si sostenemos a ultranza los saberes consagrados y trasmisibles entre generaciones de analistas, generamos la ilusión de que existe UN psicoanálisis, canónico, terminado, siempre idéntico a sí mismo. El analista, en este caso, quedaría atrapado en eslóganes caricaturescos. En cambio, la posibilidad de singularización del analista responde a una visión más cercana a lo artesanal, a aquello que –con un universo de teorías consagradas “por ahora”– permitiría un acercamiento clínico en la especificidad de cada situación.

Intervenir en el campo de una sesión es invariablemente embarcarse en una aventura de navegación incierta, en una zona de desconocimiento, con una cartografía precaria, con mapas que demarcan demasiado poco. Muchas veces, lo difícil, es tolerar esa incertidumbre, reconocer la densidad inmanente de la situación analítica para poder interrogarla. Con Gabriel, mis intervenciones apuntaban a intentar conmovir sus propios “saberes consagrados”.

5 Para ello, es crucial la tarea del pensamiento con otros. En ese sentido, quiero agradecer, más allá de la injusticia del recorte que haré, que se apoya fundamentalmente en los últimos tiempos y deja afuera trazos enormes de mi historia: A mis colegas de tantas décadas de la Asociación Argentina de Psicología y Psicoterapia de Grupo; a los colegas del Espacio Pareja, con muchos de los cuales compartimos desde hace más de treinta años; al taller autogestivo que llevamos adelante hace unos cuantos años y que tiene ese curioso nombre que tanto nos gusta: “Cómo hacer Psicoanálisis en el horror de esta profunda noche”. También a mis colegas del grupo “Cinco Lobos”, Graciela Bianchi, Ricardo Gaspari, Gustavo del Cioppo y Vicky Cohen y al Equipo de Familia y Pareja turno mañana del Centro de Salud Mental N° 3, “El Ameghino” que superviso desde tiempos demasiado largos para ser contados y que me obligan a vacilar de nuevo cada vez. Finalmente, a los colegas de la Asociación Psicoanalítica de las Configuraciones Vinculares de Córdoba, de la Asociación de Psicoanálisis de Pareja, Familia y Grupo de Mendoza y también al grupo de estudio de Colonia de Sacramento, Uruguay. En todos esos espacios he compartido y copensado muchos de los temas que hoy expongo en este libro. Espacios, todos ellos, de pensamiento en emergencia permanente.

“Los hombres somos así”, me dijo una de tantas veces. “¿Cómo somos los hombres?”, le pregunté. “Así, si no querés coger, haceme la gauchada y date vuelta que te preciso.”

Obvia decir que en estos años de su análisis, el tema de la continuidad de su matrimonio apareció innumerables veces. Cada vez que hablaba de su pareja, decía que no sabía por qué seguía con ella. “Mi mujer me aburre, me embolo terriblemente, ella no hace nada, no tenemos de qué hablar, no cogemos nunca, es un esfuerzo cuando lo hacemos y yo la paso mal y ella peor, además no me gusta, está fea, desarreglada, pero sobre todo lo del aburrimento. Con Alexia, esta chica a la que le pago, me río, la paso bien, es divertida, es tierna, me dan ganas de verla, más allá de que tiene un cuerpo increíble, y después llego a casa y nada, no tengo nada con Mercedes.” Y allí, agrega esa frase que mencioné antes: “pero yo no me voy a separar porque es mi mujer y yo la amo”.

Estaba claro que Gabriel no podía separarse de Mercedes. O quizás, no quería. El ideal religioso respecto del “hasta que la muerte los separe” le resultaba una norma inquebrantable, más allá de lo que él hiciera “durante” ese vínculo. El trabajo consistía todo el tiempo en intentar, justamente, quebrar lo inquebrantable. Interrogar las certezas, incluir alguna cuña en el discurso preciso, inmutable. Algunas de mis intervenciones podían aludir a la diferencia entre “mentira” y “engaño”, a la desestimación del propio paso del tiempo (“cuando estoy con ella me siento un pendejo”) que implicaba salir con mujeres a quienes casi duplicaba o triplicaba en edad, o a la desmentida del pago en una relación prostituida. Sin embargo, las preguntas inundaban el campo. ¿Por qué Gabriel sostiene este dispositivo de variadas mujeres, mientras goza y sufre las consecuencias? ¿Por qué Mercedes desmiente todo el tiempo una verdad que tiene delante de los ojos? ¿Qué representa para ellos este vínculo que necesitan sostenerlo a cualquier precio?

Y nosotros, analistas vinculares: ¿a que llamamos “pareja”? ¿Qué entendemos nosotros por “amor”? ¿Por qué razón hay tantos vínculos con este formato, o algunos parecidos que sin embargo se sostienen años y años? ¿Es *siempre* el amor la condición necesaria para sostener una pareja o habrá otras razones? ¿Hemos desidealizado lo suficiente los vínculos como para tolerar que las personas puedan llegar a juntarse por una diversidad de motivos, generalmente evanescentes? ¿Qué sucede cuando el tiempo va pasando y aquello que los juntó en un principio, ya no los junta?

Y finalmente: ¿qué escuchamos en el inicio de una consulta, qué esperamos que suceda en el final de ese análisis y qué fuimos haciendo durante esa travesía?

Pues bien, veremos, veremos, veremos.

2

Los Martinoli-Martinoli Elección de pareja. Conjunción y diferenciación

“A Beatriz no se la elige, a Julieta no se la elige.
Vos no elegís la lluvia que te va a calar hasta los huesos cuando salís de un concierto.”

Julio Cortázar, *Rayuela*

I

Dejó la carta en la mesita de luz, en el interior de un sobre. Levantó la persiana de la habitación del hotel donde había pasado la noche. Abrió la ventana y sintió el frío de la madrugada de junio en su piel. Miró por última vez el cuarto y se cercioró de que el sobre hubiera quedado bien a la vista. Se trepó por el banquito de madera a la mesa y sin más, con una seguridad que asombraría al más temerario, se arrojó desde el sexto piso para caer “como una bolsa”, según el testimonio del diariero de la esquina. A los 22 años, Luis había puesto fin a su vida.

Tres meses después, sus padres concurren a un centro de Salud Mental de la Ciudad de Buenos Aires junto con sus otros hijos:

Índice

1. Yo la amo	
¿De qué hablamos cuando hablamos de amor?	5
2. Los Martinoli-Martinoli	
Elección de pareja. Conjunción y diferenciación	15
3. La rica y el pobre	
Entre la historia y el acontecimiento	25
4. Los Capicúa	
Entre el amor y el apuntalamiento	37
5. Liliana pinta	
Una pareja ¿suficientemente buena?.....	53
6. La promesa de Mariana	
La intimidad. Adolescencia interrumpida	65
7. De Cortázar a la web	
La sexualidad como experiencia entre lo íntimo y lo éxtimo ..	73
8. Antes era acostarnos y coger	
La tensión entre pareja y familia	87
9. Elena, Gastón y la marcha	
Climas de época. Sensibilidad y empatía	99
10. La cama rota	
La travesía de un análisis y su final	111
11. Cuerpos nuevos, cuerpos viejos	
A propósito del paso del tiempo en las parejas.....	123
12. Eso que no puede decirse, no puede callarse	
Los secretos inconfesables de la pareja de padres y sus efectos en la subjetividad del hijo	135
Bibliografía.....	147